

MONTE TESTACCIO

José Remesal

Introducción

El monte Testaccio, desde cualquier punto de vista que se le observe, es un monumento muy particular. En sí no es un monumento, es sólo un basurero. Un basurero muy particular, porque sólo contiene un único tipo de basuras: restos de ánforas, más particular aún, un basurero sólo para ánforas olearias.

Para nosotros, hoy día, no es un basurero, sino un archivo, dado que en los restos de las ánforas que contiene se han conservado las inscripciones que portaban estas ánforas, equivalentes, en gran medida, a nuestras etiquetas modernas. Para los romanos de todos los tiempos no fue ni un basurero ni un archivo, sino el símbolo del poder de Roma pues, según una tradición popular, que todavía puede oírse en boca de los romanos, el Testaccio se formó con los restos de las ánforas que, procedentes de todas las provincias, traían el tributo que éstas pagaban a Roma. Tal vez por esto, por ser un claro símbolo del poder de la gran Roma, atrajo siempre la atención del pueblo romano; tal vez por esto, se convirtió en un lugar de gozo y diversión para los romanos, que ha pervivido, de múltiples formas, hasta nuestros días.

Pero, desde el punto de vista del historiador, aún hay otras características más notables. Es cierto que el Testaccio está formado sólo por restos de ánforas, pero sólo de ánforas que contuvieron, en su día, aceite, es decir contuvieron un solo producto. Anforas que no proceden de todas las provincias, sino fundamentalmente, en más del 80%, de una sola: La Bética. la moderna Andalucía, en el sur de España. El resto provienen del norte de Africa.

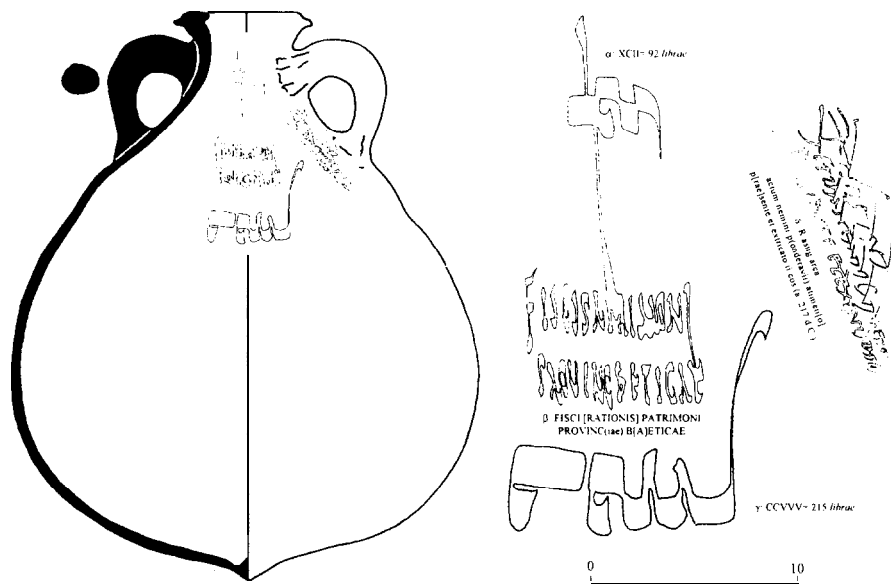
El Testaccio es, pues, el mayor monumento levantado por una provincia en Roma, la Bética, hecho con su propia tierra.

El Testaccio es una colina artificial, de planta casi triangular, situada entre el Aventino y el Tíber, cerca de la pirámide de C. Cestio. Tiene una altura próxima a los 50 m. y un perímetro



en la página anterior
Fig. 1. El monte Testaccio visto desde el sudeste.

en esta página
Fig. 2. Reconstrucción de las inscripciones
posteriores a Severo en las ánforas béticas
para aceite encontradas en el monte Testaccio.



de unos 1.500 m., con una superficie en torno a los 22.000 m². Carecemos de noticias contemporáneas a la época de formación del monte. La primera noticia de que disponemos es una inscripción del siglo VIII d.C., conservada en el atrio de la Iglesia de Santa Maria in Cosmedin, cuya diaconía había recibido en donación “bineas tabul(arum duarum et semis) qui sunt in Testacio”, el nombre deriva de la palabra latina “testa”, tejo, fragmento de cerámica, lo que explica, también, el otro nombre popular del monte “*monte dei cocci*”

Desde la Edad Media, cuando en sus alrededores se celebraban palios y desde sus laderas se despeñaban toros y cerdos en las fiestas de carnaval, hasta las famosas “octobradas” cantadas por el Belli y otros poetas romanos, el monte y sus alrededores fueron lugar de fiesta y regocijo. La creación de bodegas a los pies del monte, a partir del siglo XVI, favoreció este carácter lúdico. Esta vinculación con la vida de Roma es, sin duda, lo que llevó al *Comune di Roma* a defender el monte, prohibiendo, con duras penas, incluida la condena a galeras, que se extrajesen tejos del monte, como demuestran los decretos de 1742 y 1744.

Sin embargo, a pesar de la continua presencia del Testaccio en la vida romana, su valor científico no fue descubierto hasta muy tarde. Aunque ya el Padre Laugi Bruzza había prestado atención a los sellos impresos en las ánforas del Testaccio, la importancia científica del Testaccio no fue puesta de manifiesto hasta que H. Dressel empezó a ocuparse del monte en 1872.

Dressel descubrió que sobre las ánforas existían no solo sellos impresos, sino también inscripciones pintadas que él supo leer y para las que propuso una serie de interpretaciones, aceptadas, en gran parte, hoy día, y grafitos realizados antes de la cochura del ánfora.

De entre los hechos más notables descubiertos por Dressel destacan, en primer lugar, el haber demostrado, gracias a las cifras de tara y neto escritas sobre las ánforas, que el contenido de las mismas era aceite, puesto que es el único elemento cuyo peso específico hace coincidir el peso indicado en el neto con el volumen contenido en el ánfora. En segundo lugar, hay que destacar que Dressel descubrió que estas ánforas venían de la Bética. Esta afirmación fue negada por sus contemporáneos, pero en esto Dressel estaba bien seguro, porque los nombres de ciudades que él podía leer sobre las ánforas eran todos de ciudades béticas, nombres que, como más tarde señaló J. Remesal, no indican el lugar de exportación del ánfora, sino que se corresponden con los distritos fiscales de la Bética. En tercer lugar, otro elemento venía a dar una importancia capital a los materiales del Testaccio: Dressel pudo comprobar que, sobre estos tejos, también se había escrito la datación consular, lo que permitía datar no sólo cada inscripción en sí, sino también los sellos impresos sobre las ánforas.

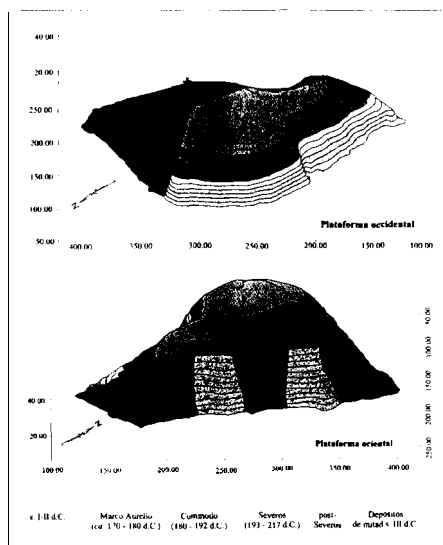
Dressel realizó unas prospecciones sistemáticas sobre el monte, señalando con mucho cuidado el lugar de hallazgo de cada uno de los elementos epigráficos que fue encontrando, de modo que nos legó un conocimiento bastante preciso de la “piel” del monte. Además realizó una serie de sondeos que pusieron a su alcance mucho material. El resultado de sus trabajos se publicó en el volumen XI’ del *Corpus Inscriptionum Latinarum*. El rigor con el que Dressel sistematizó sus datos resulta sorprendente, no sólo para su época, sino también en nuestros días.

Contra los que negaban el origen bético de los materiales del Testaccio, argumentando que este material no se hallaba en Hispania, pero sí en la *Gallia*, Dressel respondió, con la seguridad que le daban las lecturas hechas por él, que habría que esperar a que los colegas de España, en particular los del sur, se ocupasen de estos temas. Aunque Dressel no lo sabía, casi al mismo tiempo que él, G. Bonsot inició, en 1885, el estudio de las alfarerías de época romana en la Bética, descubriendo los hornos que habían producido los mismos sellos impresos sobre las ánforas que se hallaban en el Testaccio.

Entre ambos autores pusieron las bases para desarrollar tanto los estudios anforológicos como el estudio de la economía romana desde una perspectiva hasta entonces ignota. Sin embargo, estos trabajos tuvieron poco eco y no volvieron a adquirir importancia hasta los años sesenta de nuestro siglo, cuando M. Ponsich retomó los trabajos de Bonsot en la Bética y E. Rodríguez Almeida los de Dressel en Roma. A retornar estos estudios había contribuido, sin duda, el libro de M. Callender, quien en 1965 publicó un corpus de los sellos en ánforas hallados en la Europa Occidental, poniendo de manifiesto que las ánforas olearias béticas (conocidas como “tipo Dressel20”) eran las más difundidas y las más frecuentemente selladas de todo el occidente romano. Todo esto hacía necesario retornar los trabajos en el Testaccio. Trabajos tendentes a conocer mejor la disposición de los materiales en el monte; es decir, a conocer de un modo más preciso cómo se organizaba este “archivo”, a buscar datos de períodos hasta ahora no conocidos en el monte y, en particular, a relacionar y unir el mayor número posible de inscripciones pintadas en las ánforas (*tituli picti*) con sellos. Relacionando sellos y *tituli picti* pretendemos, de una parte, datar los sellos de un modo absoluto o con una cronología relativa bastante precisa, gracias a las datacio-

Fig. 3. Evolución cronológica del monte Testaccio.

Fig. 4. Muro con ánforas encontradas en las excavaciones de 1991-92.



nes consulares de las titulipicti; de otra parte, dado que conocemos el lugar de producción de muchos sellos en la Bética, vincular la información contenida en los titulipicti con los lugares de procedencia de los sellos, así adquiere mayor relevancia la información contenida en el Testaccio, al ser relacionada con el lugar donde se produjo esta información.

Desde 1989 un equipo de historiadores y arqueólogos españoles, en el que participan investigadores de la Universidad de Madrid y Barcelona y un equipo de geólogos de la Universidad "La Sapienza" di Roma, dirigidos por el Profesor J. M. Blázquez Martínez, excava en el monte Testaccio, financiados por el Ministerio Español de Educación y Cultura, bajo la autorización y el control de las autoridades italianas.

Estas excavaciones han aportado grandes novedades. Dressel creía que el monte se había formado de una manera desorganizada. Rodríguez Almeida hipotetizó que se componía de dos plataformas: la primera, se había formado desde Augusto hasta mediados del siglo II d.C., la segunda, al oeste de la primera, que se había desarrollado desde mediados del siglo II d.C. hasta la época de Severo Alejandro. Según este autor, en el costado oriental del monte se había producido también la última descarga en el monte en tiempos de Galieno.

Las recientes excavaciones han demostrado que, efectivamente, las dos plataformas existen y, además, que tenían un perfil escalonado, que sus límites estaban formados por muros hechos con ánforas, puestas de forma retranqueada, formando un talud. Esto permite asegurar que la base de la primera plataforma es más amplia de cuanto se pensaba. Además, el hallazgo de uno de estos muros permitió comprender el sistema de formación del monte y de la organización de las descargas.

El monte crecía del siguiente modo: se creaba una hilera de ánforas a las que se le había roto el fondo rellenándolas de fragmentos de otras ánforas, para hacerlas más pesadas y, por tanto, más resistentes a la presión de los fragmentos descargados detrás de ellas. Después se rellenaba el espacio limitado por estos muros. Una vez colmatado el nivel de una de estas hileras, se repetía el proceso, esta vez colocando la nueva ánfora un poco retranqueada para formar el talud. Esto significa que el monte creció en estratos de unos 60 cms., que es el diámetro máximo de las ánforas olearias béticas. Este es un dato de gran relevancia, pues permite, gracias al uso de técnicas informáticas, intentar reconstruir los estratos "naturales" del Testaccio, así podemos relacionar los sellos y los tituli picti hallados en un determinado sector, aunque no lleguemos a unirlos físicamente. Estos datos, han permitido proponer la siguiente hipótesis: bestias de carga transportaban, de cuatro en cuatro, las ánforas olearias béticas vacías al Testaccio (el peso de cuatro ánforas béticas vacías, 120 kilos, corresponde a lo que puede transportar una caballería), parte de éstas se usaban para hacer los muros referidos, el resto se rompían allí mismo. Hemos podido comprobar que las ánforas de un mismo cargamento bético eran, frecuentemente, vaciadas y arrojadas al mismo tiempo en el Testaccio. La excavación ha permitido conocer, también, las ánforas africanas que llegaron al Testaccio y su proporción, que a mediados del siglo II d.C. es muy escasa, pero que aumenta a mediados del siglo III d.C. Hemos podido deducir que las ánforas africanas, por el contrario, eran rotas antes de ser subidas al monte.

Las excavaciones de 1993/94 han permitido comprobar que el camino considerado hasta ahora como un camino antiguo de acceso al Testaccio, hay que ponerlo en relación con la defensa de la Porta San Paolo en 1849 cuando, para ello, se emplazaron unos cañones en la cima del monte. Además, estos sondeos, efectuados en la vertiente oriental del monte,

permitieron identificar los estratos más antiguos conocidos, hasta ahora, en el Testaccio, datables en época de Adriano y comienzos de Antonino Pio. Pero, sobre todo, la gran novedad que aportaron estos estratos fue la del hallazgo, por primera vez, de manera abundante, de *tituli picti* sobre ánforas africanas que, hasta ahora, eran prácticamente desconocidos. Las campañas de 1995/96, realizadas en lo que se suponía el depósito más reciente del Testaccio, han permitido comprobar no sólo este hecho, sino que han aportado gran cantidad de epigrafía africana y el hallazgo, por primera vez, de ánforas griegas en el Testaccio. Las prospecciones gravimétricas realizadas en el Testaccio han permitido conocer la masa del Testaccio, lo que nos permite calcular un mínimo de llegada de aceite bético a Roma durante los tres primeros siglos del Imperio. Además, han puesto de manifiesto que el monte se empezó a organizar a partir de tres “montones” distintos. Esta información, vinculante a algunos resultados de la campaña de 1996, aún por comprobar, tal vez nos permita identificar tres en vez de dos plataformas, como origen del Testaccio. Los estudios estadísticos han demostrado también que en el área noreste del Testaccio existió, además otra descarga tardía, lo que permite hipotetizar que, tal vez, no se trate de dos descargas distintas, sino que el monte ha perdido en el costado oriental mucho más material del imaginado.

En definitiva, si el Testaccio fue en su día sólo un vertedero, para nosotros, hoy, es un archivo, en el cual se conserva documentación venida de dos provincias concretas, el Africa Proconsular y sobre todo, de la Bética. Los datos contenidos en el Testaccio no sólo informan sobre estas provincias, sino que permiten fechar, gracias a las dataciones consulares aquí conseguidas, los materiales anfóricos hallados en muchas partes del Imperio romano. A través de estos datos podemos conocer también muchos aspectos de la organización del comercio en el Imperio Romano y en el modo como el Estado romano intervenía en dicho comercio.

Así pues, hoy por hoy, los *"negletti cocci"* del Testaccio, como los llamó Dressel, son una de las fuentes más importantes para conocer el desarrollo de la economía del Imperio romano. El “proyecto Testaccio” no es un proyecto aislado, se inscribe dentro de un programa más amplio, que pretende estudiar las relaciones económicas entre las provincias del Imperio. Dado que las ánforas olearias Béticas son las más difundidas y las más frecuentemente selladas en todo el Imperio, sobre todo en la parte occidental, pueden ser utilizadas como un buen fósil director para estudiar estas relaciones. En la Universidad de Barcelona se ha creado el Centro para el Estudio de las Interdependencias Provinciales en la Antigüedad Clásica, que dispone ya de una base de datos con más de veinte mil registros epigráficos relativos a la epigrafía anfórica.

Bibliografía

Blázquez - Remesal - Rodríguez Almeida 1994; Dressel 1899; Ponsich 1974.91; Remesal 1986; Remesal 1997; Ro-

Almeida 1984; Rodríguez Almeida 1989.